

caso en Hispanoamérica, a cargo de Enrique Buenaventura. Los directores y los grupos parecen haber sustituido a los dramaturgos en este último tramo del siglo, en la exposición de los autores y, si bien esta es la tendencia dominante en el panorama teatral, se echan de menos las referencias a los creadores literarios.

En conjunto, se trata de un libro interesante, que se convertirá en imprescindible para el estudio de la historia del teatro. Cabe, sin embargo, hacer algunas salvedades. En primer lugar la magnitud de la materia parece exigir un mayor número de páginas –en especial las destinadas al siglo XX– que den cabida a algunas cuestiones no suficientemente desarrolladas. Baste decir que apenas se habla de la obra de autores como Sartre, Camus, Peter Weiss, Eliot, Ghelderode, Wilder, Dürrenmatt, etc. En segundo lugar, sería deseable una homogeneización del libro que lleve en primer término al tratamiento conjunto de los estilos que se abordan. En tercer lugar sería útil revisar la periodización y el esquema de la obra, que es notoriamente mejorable. Por lo demás parece imprescindible en una obra de estas características un índice onomástico, e incluso un índice de obras, y debe mejorarse la calidad de reproducción de las ilustraciones.

Eduardo Pérez-Rasilla
Madrid

QUERILLAC, René, *Quevedo, de la misogynie à l'antifeminisme*, prefacio de Agustín Redondo, Nantes, Universidad, col. Acta Hispanica, núm. 3, 1987, 172 págs.

Encontramos en este libro una nueva y original aportación a un tema muy querido por la crítica: el sentimiento anti-mujer vigente en

la mayor parte de la obra de Quevedo. A los trabajos de Sánchez Alonso, Maldonado, Bellini, Nolting Hauff, Arellano, Schwartz Lerner y sobre todo Mas (A. Mas, *La caricature de la femme, du mariage et de l'amour dans l'oeuvre de Quevedo*, obra que sirve de sustrato o punto de partida para muchas de las asertaciones de R. Q.) cabe añadir ahora este digno intento de enfocar la cuestión bajo parámetros diferentes. Desde el primer momento el autor confiesa las líneas maestras de su análisis que se asientan en un estudio de la obra quevedesca desde un punto de vista evolutivo, además de llamar la atención sobre la mala costumbre de dar por sinónimos términos como misoginia o antifeminismo, cuando en realidad no lo son.

El libro está dividido en seis capítulos que, de forma progresiva, van a conducir al lector a ver de distinta manera la actitud de Quevedo frente a las mujeres cuando era joven o cuando era ya un hombre maduro. El título es un excelente resumen de la tesis que defiende R. Q.: Quevedo evoluciona de la mera posición misógina en sus primeros escritos (crítica de aspectos externos femeninos como los afeites, la flaqueza, la gordura, las marcas de la vejez... o de costumbres nocivas como el pedir, la promiscuidad sexual, el hablar demasiado...) a una acérrima posición antifeminista en sus obras más tardías (se le niega a la mujer cualquier derecho a equipararse al hombre, se medita sobre la peligrosidad de que ésta se saiga del papel tradicional que la ata al hogar y pueda incorporarse a la vida social, se la considera uno de los factores causantes del desajuste socioeconómico que sufrió el siglo XVII).

En este orden de cosas bien se pueden agrupar los cuatro capítulos iniciales (I - El gran misógino; II - Un vasto complot del que el hombre es la víctima; III - Una estupidez que le sobrepasa; IV - El mundo de la mujer objeto de vicio) bajo la órbita del primer Quevedo. Lo que en verdad odiaba don Francisco (según A. Mas, p. 34) era la hipocresía y las transgresión, defectos ambos que los encontraba en el sexo femenino. Las reiteradas sátiras contra los afeites, mujeres romas, flacas, gordas y sobre todo viejas (cf. por ejemplo los poemas núms. 512, 516, 521, 522, 523, 526, 620, 621, 622, 628, 633, 640..., siempre por la edición de J. M. Blecua), cabe entenderlas como una denuncia de su falsedad, de sus trampas y estafas que tienen como finalidad desarro-

llar el arte de la seducción, inflamar el apetito de los hombres y por lo tanto conducirles a la perdición.

Quevedo tenía una obsesión existencial por la mujer que se prolonga también a los poemas amorosos, destacando los dedicados a Lisi. Son las dos caras de la moneda, los dos polos de un juego literario que se resume en el binomio Eva versus Virgen Marfa, ataque desmesurado versus idealización platónica.

No obstante no hay equilibrio en la balanza y lo dominante en el escritor áureo es la postura anti-mujer, quizás alimentada por cierto complejo de inferioridad. Para R. Q. no es pertinente quedarse en la mera explicación de los juegos de lengua o en la simple suscripción a la línea satírica grecolatina, sino que hay que llegar al fondo del pensamiento de Quevedo que ve en la proliferación maligna de las damas algo nocivo para la sociedad. Desde este prisma hay que enfocar sus ataques a dueñas, celestinas, alcahuetas, prostitutas y demás auxiliares del engaño, sin olvidar tampoco algunos ejemplares masculinos como boticarios o rufianes a los que también se zahiere a menudo. No es suficiente una lectura aislada de cada tipo o individuo; todos están considerados en su conjunto formando una especie de virus social que no retrocede ante nada y que daña la moral pública. Se produce así una prostitución de toda la sociedad que invertiría los papeles creando una variante del tópico del mundo al revés. Es lo que el autor define como la «verdadera prostitución» (cap. IV, 2), donde los cornudos industriosos hacen las veces de los chulos, las dueñas y vendedoras ambulantes de las alcahuetas, y por último las fiestas, saraos galantes y reuniones lujosas serían los equivalentes de lo que es un burdel en su esencia.

Los dos capítulos del final (V - Algunas evoluciones importantes en la obra de Quevedo; VI - El feroz antifeminista) nos introducen en la parte más interesante y original del libro. R. Q. observa que en los escritos tardíos de Quevedo se han producido cambios esenciales en cuanto a su actitud ante las mujeres. Abandona la caricatura externa de vicios y defectos para incidir en la meditación y en la detenida observación del —para él— siempre erróneo comportamiento femenino. En su concepción no existe la mujer como individuo, sino que

las unifica a todas en un solo grupo cuya característica es ir contra natura por una doble vertiente: la anticristiana y la antisocial.

A un observador tan perspicaz como Quevedo no le pasó desapercibida la gran depresión del seiscientos en la que España se hundía cada vez más. Su desproporción consiste en bascular el mayor peso de la culpa en el gremio femenino. Gusta pintar a la mujer como aficionada al lujo, las galas, el despilfarro y en general a todo producto que provenga del extranjero, con lo cual agudiza los problemas económicos y la salida del capital; el acceso de la mujer a la cultura o el intento de trabajar en algo distinto a las tareas hogareñas produce una relajación en sus costumbres y por tanto una crisis de valores que lleva a peligrar el concepto —por otra parte tan masculino— de honra.

R. Q. declara con honestidad que es muy difícil precisar el cuándo, el cómo y el porqué de esta evolución en Quevedo, pero se arriesga a ofrecer la fecha de 1630 como límite entre las dos fases. En un pormenorizado análisis del pasaje XL de *La hora de todos* (h. 1635) demuestra con eficacia la distancia que media entre el Quevedo maduro, militante antifeminista, y el Quevedo anterior. Es en la segunda fase cuando «sous sa plume nous assistons au phénomène suivant: les femmes, usant de leur ascendant sur les hommes, en profitent pour se moquer des barrières légales» (p. 107). Una técnica suya es estructurar un relato (en su aspecto externo) enfrentando el *nosotros* de los hombres al *vosotras* femenino, pero en el fondo late una personalización tal de la antinomia que en realidad asistimos a un mensaje directísimo del *yo* quevedesco al *tú* del lector masculino, un aviso contra la maldad de ellas.

Pienso que esta idea puede ser de gran funcionalidad para entender de forma más cabal la obra de Quevedo, pero a pesar de la proliferación de ejemplos que ofrece R. Q. sería deseable una rebusca más detenida del global de los pasajes en los que se zahiere a la mujer para poder llegar a conclusiones definitivas. Por otra parte los problemas de datación de muchos escritos quevedescos hacen que una tesis así se ampare inevitablemente en bases bastante resbaladizas. A la hora de ratificar las distintas fases que se pueden apreciar en la trayectoria literaria de Quevedo se siguen de cerca estudios como los de Gendreau-Massaloux

(*Héritage et création: recherches sur l'humanisme de quevedo*), Martín Pérez (*Quevedo. Aproximación a su religiosidad*) y Ettinghausen («Quevedo, ¿un caso de doble personalidad?»), pero aquí nos encontramos con el eterno problema de la disparidad de criterios y de fechas, con lo cual la decisión de fijar un hito separatorio se convierte casi en cuestión de fe, se acepta o no se acepta; no obstante creo que establecerlo en torno al año de 1630 es decisión acertada.

Son muy de agradecer las abundantes citas con que el autor ilustra sus asertaciones certificando así el peso de su análisis, pero en el caso de los poemas hubiera sido más acertado citar por la excelente edición de J. M. Blecua antes que por la de F. Buendía, a la cual se le deslizan no pocas incorrecciones.

Resumiendo, libro riguroso en su estudio y de grata lectura que trasluce en todo momento el oficio del buen quevedista que es su autor, y cuyo manejo es muy aconsejable para acercarse un poco mejor pertrechado a la siempre difícil y siempre amena lectura del mejor satírico de la literatura española: don Francisco de Quevedo y Villegas.

Miguel Zugasti
G. R. I. S. O. (Grupo de Investigación Siglo de Oro)
Universidad de Navarra

VALCÁRCEL, Eva: *El fulgor o la palabra encarnada*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1989. 236 pp.

La trayectoria poética de José Angel Valente es una de las más interesantes de su generación, por su búsqueda de la palabra depurada, del poema total, de la raíz esencial de la poesía. En *El fulgor o la palabra encarnada*, la profesora Valcárcel, apoyándose en los plantea-